

Los domingos grises de António Lobo Antunes

Carlos Reis

En 2001, el escritor António Lobo Antunes fue invitado a pronunciar la conferencia de apertura de un coloquio sobre educación, realizado en Lisboa por la Fundação Calouste Gulbenkian y dedicado al sesudo tema que dio título al volumen entretanto ya publicado: *Espaços de educação, tempos de formação*. Sin duda nadie esperaba (yo no esperaba) que Lobo Antunes subscribiese un texto con la formalidad y la organización sistemática de una intervención propiamente académica; y de hecho, algunos (yo también), al ver el programa del coloquio, llegaron a pensar que había un error y que Lobo Antunes era otro: João Lobo Antunes, hermano del novelista, neurocirujano y académico de prestigio en el medio.

Pero no había ningún error. Se trataba del novelista, que además, no nos decepcionó, más bien todo lo contrario, concretamente porque su intervención fue un notable testimonio personal, en un registro que quiero mencionar aquí, también por los caminos de reflexión temática y metadiscursiva que ese testimonio abre, en relación directa con los textos sobre los que quiero reflexionar. La exposición de Lobo Antunes se titula «Facas, garfos e colheres» [«Cuchillos, tenedores y cucharas»] y en ella predomina aquello que remota y matricialmente determina todos sus procesos narrativos: la memoria. Retrocediendo a la época de su primera escolaridad, el escritor recuerda:

Para intentar perfeccionar el embrión que yo era, mis padres me matricularon en una escuela donde pontificaba un gran educador. Era la escuela del señor André. En un barrio periférico. El señor André era un gran educador porque era conocido porque sus alumnos nunca suspendían. El señor André me educó lo esencial, me enseñó lo esencial, que era marcar el libro de lectura con mucha fuerza para que, cuando en el examen de cuarto el profesor me mandase abrir el libro, yo lo abiera por aquella página que ya había memorizado. Era Alexandre Herculano, un fragmento de las *Lendas e Narrativas*. [...] Esto iba condimentado con abundantes reparticiones de bofetadas y, de hecho, la educación era extraordinaria. Se hacía con una regla y todavía hoy me acuerdo.

Por ejemplo, preguntaba: «¿Las sierras del sistema galaico-duerense?» y, si me quedaba callado, cogía la regla y decía: «Penedo», «Suajo», «Gerês», «Larouco», «Falperra». Y las sierras entraron todas en mi cabeza (Antunes, 2002: 16).

El registro memorial al que me he referido está reforzado (y se expresó en el momento adecuado) por el procedimiento de la mera rememoración sin soporte escrito, por tanto, eminentemente coloquial, como se puede advertir en el texto que acabo de citar, texto de sabor casi infantil, extraído de una grabación y sin que el autor lo haya revisado. En él se perciben características y determinantes que quiero subrayar: la referencia a la familia como entidad tutelar y marcadora; la capacidad de descubrir grandes personajes en oscuras figuras de retención infantil, como ese modesto profesor de primaria, tan modesto y también tan decisivo como los que muchos de nosotros tuvimos; la referencia al microcosmos de la pacata y burguesa periferia urbana de la Lisboa de los años 40; la evocación de los pequeños gestos y de las pequeñas artimañas que atemperan la singularidad de las personas y de los comportamientos de ese estrecho mundo burgués y urbano. Todo eso y, una vez más, el primado de la memoria: no fueron sólo las sierras de Portugal (y los ríos y las vías del ferrocarril y las capitales de distrito, como bien sabemos los que todavía fuimos alumnos de profesores como el señor André), no fue sólo eso lo que entró en la cabeza del niño que el escritor era. Fue ese universo familiar y social de referencia fundacional, más tarde proyectado en los mundos de ficción que el escritor ha construido y también en aquellos otros mundos que lindan con éste: los de las crónicas que regularmente ha ido publicando en los últimos años. Y es de éstas de las que quiero hablar.

Sin embargo, antes de centrar mi atención en el *Segundo Livro de Crónicas* de António Lobo Antunes, apuntaré que la presente exposición deriva (y se relaciona con) una intervención en un coloquio sobre el escritor que llevé a cabo en la Universidad de Évora, en noviembre de 2002, coloquio en el que me ocupé de la cronística hasta entonces publicada en libro: concretamente, los textos del *Livro de Crónicas*, de 1998. De aquella intervención recuperé tres nociones que doy (al menos para mí) por adquiridas y a las que, obviamente, no volveré.

Primera noción: las crónicas de Lobo Antunes muestran una clara tendencia hacia la interpretación de modos discursivos, y hacen difícil o incluso irrelevante cualquier especificación modal rígida, tanto como

la fijación inamovible en el género cronístico. Segunda noción (y sin perjuicio de lo que se ha dicho): las singulares crónicas de Lobo Antunes son un lugar de expresión mínima, pero tensamente concentrada, de narratividad, y se incluye en muchos textos de esta naturaleza inscripciones novelescas que confirma el resto de la obra del autor, en un cuadro de expresión literaria en el que la novela se define como género en contacto directo con la época presente. Tercera noción: la narrativa de Lobo Antunes procede a la reiterada articulación de dos impulsos que, por naturaleza y por tradición literaria, postulamos como polarizados. Por un lado, la tendencia hacia la acentuada inscripción de lo personal, lo autobiográfico, hasta incluso lo confesional; por otro lado, el natural recurso a procesos y a categorías que sirven a una construcción narrativa y de ficción capaz de modelar un universo de objetos, de eventos y de figuras observados con relativo distanciamiento.

Además de todo esto también hay que tener en cuenta que, en principio, las crónicas se presentan, en el contexto de la obra ya extensa del autor, como textos de circunstancia, y constituyen una actividad relativamente reciente y, por así decir, paralela a la narrativa de ficción. Varias veces, asimismo, el escritor ha tratado de descalificar esta actividad. «Las hago siempre en la mañana del primer domingo de cada mes» le cuenta Lobo Antunes a María Luisa Blanco respecto a la escritura de las crónicas; «Son dos y las hago las dos en un par de horas, más o menos. No creo que tengan importancia. La gente quiere una cosa ligera que no haga pensar mucho, que divierta un poquito, ése es el espíritu de esas crónicas, para mí no tienen ninguna importancia» (Blanco, 2001: 108).

Sin embargo, si se observa de forma más atenta, distanciada y desde un ámbito más general, podemos advertir que la experiencia de la crónica no es algo reciente, sino que es relativamente regular: en la secuencia de una docena de novelas y casi veinte años después de haber publicado la primera de esas ellas, Lobo Antunes llega a la crónica y reúne muchas de estas en el volumen *Livro de Crónicas*; cuatro años después, en 2002, reincide con este *Segundo Livro de Crónicas* del que me ocuparé. Lo cual parece significar dos cosas: que, a diferencia de muchos otros escritores, Lobo Antunes va de la novela a la crónica (y no al revés) y que ese punto de llegada ha acabado por imponerse con una regularidad que también es la del contacto con un público mucho más amplio y quizás diferente del de las novelas, en publicaciones periódicas con un cierto prestigio y amplia circulación.

Por tanto, tal vez sea la ocasión de decir que la minoridad de las crónicas respecto a las novelas será efectiva en lo que atañe a la inver-

sión del trabajo del escritor, pero no tanto en lo que atañe a sus modos de articulación con el universo novelesco, y en general, con el imaginario que domina la obra de ficción de Lobo Antunes. Parafraseando al escritor, diré que los «domingos grises que destiñen hacia dentro de nosotros» (Antunes, 2002: 73) son también aquellos que, por un par de horas, irrumpe una memoria (memoria de gente, de emociones, de cosas, de olores, de sabores) que no se agota en la breve crónica a la que el autor se debe, ya que en ella aflora también, fragmentaria y momentáneamente, un mundo más complejo y traumático que el que las novelas modelan y revelan. Y en armonía con todo eso, una discreta y cada vez más intensa atención a la formación (mejor: autoformación) del sujeto-escritor que nos habla, situado en un lugar progresivamente dominado por la madurez de una voz que dice el pasado con ternura e ironía hábilmente mezcladas. No tiene otro significado el texto que inicialmente he citado, porque se acerca al registro de la crónica que aquí me interesa contemplar: en rigor, a eso llevaría la evocación de la escuela del señor André y de todo lo que viene después, si en uno de sus «domingos grises» el escritor registrase por escrito lo que recordó oralmente. No es por casualidad que la escuela del señor André fugazmente aflore en uno de los primeros textos del *Segundo Livro de Crónicas*, ese que empieza con estas palabras: «El dedo grande y estúpido del profesor de primaria buscándome entre los pupitres con el pretexto de los afluentes de la margen izquierda del Tajo» (Antunes, 2002a: 25).

Observo más de cerca esta crónica y leo en ella líneas sobre la evolución del mundo y el discurso cronístico de Lobo Antunes, e incluso, en otro plano, de su mundo y discurso de ficción. Recuerdo de la infancia y de los dolorosos aprendizajes que esta exige, la crónica «Quem me assassinou para que eu seja tão doce?» es la breve historia de la pérdida de la inocencia infantil, de la génesis remota de una amargura adulta y remitente, tanto como de la fijación irónica de una mirada que percibe en lo real la dimensión oculta de rostros y gestos banales que sólo esa mirada singular de cronista-novelistas es capaz de atrapar. Además, el recuerdo del «jardinero que mataba gorriones estrangulándolos detrás de la espalda mientras se reía delante mío; la niña de quien me enamoré a los diez años, que iba a ser dentista y que se murió antes de serlo» (Antunes, 2002a: 25), juntamente con el «farmacéutico republicano que aviaba recetas insultando a Dios» y con la tía profesora de piano que «de joven, debía de haber amado al farmacéutico» (Antunes, 2002a: 26 y 27), todo junto suscita en la crónica de Lobo Antunes la